risma de una forma ordenada y sistemática, girándose en especial en el tema de la mediación. Los dos capítulos siguientes están centrados en el evento del cambio de nuestro Padre, y, como siempre, se detiene en los referencias marianas que Juan Pablo II hace en las dos cartas Apostólicas, Tertio millennio adveniente y Novo Millennio incipiens y también en la Rosarium Virginis Mariae, en la que el papa nos hace contemplar a Cristo con los ojos de María.

En los dos últimos capítulos de la segunda parte, «En la carretera del misterio de la Virgen» (pp. 147-174) y «La última palabra» (pp. 175-185) el A. es- tudia de una manera más directa a las vicisitudes de la doctrina mediacionista en el magisterio de Juan Pablo II y en- tre en diálogo con el movimiento Vias Papalis Mariae Mediatoris y con la respuesta dada por la Pontificia Academia Mariana Internacional a la posibilidad y a la oportunidad de la definición de los títulos Corredentora, Mediadora y Abogada, tal como pide este movimien- to mariano. Se aprecia con precisión la sensibilidad del Dr. Fuentes cuando escribe: «no está verificado por la实实在在 estadística, el voto fiduciario sobre la mediación materna de la Virgen ha llega- do a ser un voto fiduciario, un verdadero consentimiento unánime de los fieles» (p. 157), opinión justificada, pe- ro que habría que matizar adecua- damente. En el último capítulo se detiene en dos iniciativas marianas tenidas por Juan Pablo II en el mes de agosto del 2004. La primera es el viaje a Lourdes con motivo del cincuentenario cente- nario de la definición dogmática de la Inmaculada y la segunda es la donación del icono Madonna di San Filippo al pa- triarcato de Moscú, Alexei II.

Finaliza este libro mariano con una serie de textos: la homilía que Juan Pa- bIo II pronunció en Salto (Uruguay, 1988) y un dossier de la Congregación para la Doctrina de la fe sobre el tercer misterio de Fátima, en el que se inclu- ye: 1) La Presentación; 2) Las dos pri- meras partes del secreto; 3) Tercera par- te del secreto; 4) Interpretación del secreto; 5) Coloquio con So María Lu- cia de Jesús y del Inmaculado Corazón; 6) Comunicado del Card. Angelo So- danio; 7) Comentario teológico del Card. Ratzinger.

En resumen, un libro interesante en el que se conjuga la facilidad y ameni- dad de su lectura con la profundidad doctrinal.

Juan Luis Battoro


Walter Kasper (n. 1936) ha sido ca- tedrático de teología sistemática en Tu- binga y obispo de Rotenburg-Stuttgart en 1989, desde 1999 preside el Consul- to Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. En este libro se contienen intervenciones dispersas cuyo hilo conductor, tal como indica el título, es la eucaristía en el que se contienen no sólo artículos y conferencias, sino también una carta pastoral y algunas meditaciones. Fue publicado en alemán en 2004, con motivo del Año de la Eu- caristía proclamado por Juan Pablo II.

En primer lugar destaca el fin y la importancia de este sacramento. «La celebra- ción de la eucaristía es fuente y cumbre de la vida de nuestra Iglesia y de cada una de sus comunidades (cf. LG 11). Es la gran herencia del Señor, que él nos legó en la vigilia de su pas- sión y muerte» (Le 22,19d). La eucaristía es lo más valioso que poseemos en cuanto Iglesias: es su auténtico corazón. A ella se ordena todo lo demás; de ella toma la fuerza para los restantes ámbi- os de la vida eclesial y, sobre todo, pa- ra nuestra vida personal» (p. 13). Dada esta importancia, se insiste bastante en la dignidad de la celebración eucarísti- ca. «La misa tiene que seguir siendo mi- sa y no puede convertirse en un happe- sing. Por eso es un error jugarla por su valor lúdico. La celebración de la eucaristía ha de estar más bien inspirada, por el respeto ante el Dios santo y ante la presencia de nuestro Señor en el sa- cramento. Debe ser un espacio para el silencio, la meditación, la adoración y el encuentro personal con Dios» (p. 17; cfr. también pp. 85-86 y 99).

Señala al mismo tiempo los distin- tos aspectos de la celebración eucarís- tica, con una buena base escriturística. Ésta es, en primer lugar, basquete y sa- crificio. «La afirmación de que la uni- dad y la comunidad sólo es posible bajo el signo de la cruz incluye en sí lo que la eucaristía, en cuanto sacramento de unidad, no puede existir sin el sacra- mento del perdón» (p. 113). «El redes- cubrimiento y la renovación del carácter asambleario, convivial y comunitario de la eucaristía fueron, sin duda alguna, importantes: y ninguna persona razona- ble querrá revocar ni lo uno ni lo otro, pero una comprensión superficial, que prescinde de la cruz y de la penitencia, lleva precisamente a la banalización de estos mismos aspectos, y en el fondo, a la crisis de la eucaristía» (p. 114). Pero también en la eucaristía se dará una ac- tualización de los misterios de la crea- ción, la encarnación y la consumación eucarística (cfr. pp. 110-111). Por eso la eucaristía supone la anamnesis del acontecimiento Cristo y epiclesis del Espí- vitu, a la vez que comunión de toda la Iglesia y signo escatológico (cfr. pp. 76, 86, 90 y 96).

Resultan muy interesantes los desarrollos ecleesiológicos y ecuméni- cos al respecto. Sobre esto, no propone novedades desde el punto de vista disci- plinar, pero sí intenta profundizar en su significado. «La eucaristía no es un sa- cramento más, es el sacramentum sacr- mentorum. Es fuente, centro y cumbre de la vida de la Iglesia; en ella se recapiti- lita todo el misterio de nuestra salva- ción. El principio sibi eucharistia, sibi ec- clesea se ha convertido en el principio de la nueva ecleesiología eucarística. (...) Este enfoque tiene sus consecuencias para la comprensión de la Iglesia y de su unidad. Puesto que ninguna comuni- dad donde se celebre la eucaristía puede autoformar y replegarse sobre sí misma co- mo si fuera autosuficiente. Sólo puede celebrar la eucaristía en comunión con todas las demás comunidades que igualmente celebran la eucaristía. Por eso la ecleesiología eucarística no funda- menta la independencia de las Iglesias locales, sino, al contrario, su mutua in- terdependencia» (pp. 119-120). Es más, la eucaristía no sólo obtendrá la unidad de la Iglesia, sino la paz del mundo, sigue diciendo, «Por el camino del cacumenis- mo y de la misión, la Iglesia deberá lle- gar a ser, de manera concreta y convin- ciente, lo que por su esencia es ya desde siempre: en cierto modo, sacramento, esto es, signo e instrumento de la uni- dad y de la paz del mundo (LG 1). A la eucaristía es el sacramento de tal uni- dad. "La paz está con vosotros" (Jue 20,19): este saludo del Recuerdo se resuena siempre que se celebre la eucaris- tía. En cada una de las celebraciones de la eucaristía intercambiamos este saludo.
y somos por la unidad y la paz. Toda celebración de la eucaristía es una fiesta de la paz que manifiesta que “Jesucristo es nuestra paz” (Ef 2,14). El es la paz del mundo (p. 128).

Pablo Blanco


La presente obra es el fruto cuajado de muchos años de docencia e investigación unido a un profundo amor a María Santísima. El prof. Martínez Sierra va recorriendo en las páginas de este trabajo los relatos evangélicos de la vida de la Virgen. En un lenguaje sencillo que simpatiza con la mentalidad de los jóvenes creyentes va acercando y mostrando el significado y la verdad espiritual de las prerrogativas marianas.

Ha habido toda una literatura mariana que, con una buena intención, ha intentado poner de relieve la grandezza, y singularidad y la Madre de Dios. Pero ello se ha juntado en todo lo que de único tiene la persona y la misión de la Virgen. Es decir, ha hecho mucho hincapié en los privilegios marianos y ha dejado como en ordena que María es la “Esclava del Señor”, es la doncella de Nazaret, pertenece al grupo de los “hijos de Yahvéb”.

El A. hace una presentación de María cercana a los problemas del hombre actual. Con palabras sencillas y claras recorre la vida de María y muestra la grandezza y a la vez la normalidad de su vida. Se puede decir que María es, por una parte una criatura singular —es la Madre de Dios—, pero por otra es una persona muy cercana y próxima a cada uno de los fieles.

Juan Luis Basto

La originalidad de este libro está en lo agradable de su lectura, y en que se muestra a la Virgen muy próxima y en plena sintonía con las personas corrientes, con su forma de pensar y su modo de actuar.

Bien sabe el A. que es muy discutible la tesis de que María, a pesar de ser preservada de la mancha de pecado original, no fue inmune a concupiscencia (cf. p. 22). Más aún, si la concupiscencia se identifica con el fomes peccati, pienso que es errónea, porque así plantea la concupiscencia supone una imperfección moral, ya que no se excluye y se orienta a él. Para justificar su tesis el prof. Martínez Sierra afirma: “si Cristo fue tentado, no hay ninguna razón para excluir la tentación de la vida de María” (p. 22). Efectivamente estamos de acuerdo con esa afirmación, pero debe decirse que las tentaciones a las que soportó Dios no provienen de su interior —fruto de la concupiscencia que no tuvo—, sino que fueron tentaciones externas de los familiares, del diablo, de los fariseos, de los discípulos, etc. Igualmente de María se puede afirmar que tuvo tentaciones externas, y no necesariamente que nacieran de la concupiscencia.

Esta obra está muy bien sartida y se ha cuidado mucho la impecabilidad tipográfica. Quizás convenga en próximas ediciones eliminar algunas erratas tipográficas —que no del autor— como S. Gregorio de Nisa es su Padre del siglo II (p. 25). Y algunos puntos intercalados en las palabras.

En resumen un libro ameno y agradable lectura que ayuda al lector a contemplar a María, Madre de Dios, como una persona muy cercana a cada uno de nosotros.


Nos encontramos ante un libro de teología de la eucaristía, escrito por el actual obispo de Ratibonense. En él se aprecia una denodada atención a los testimonios de la Escritura y a los documentos del Vaticano II, aunque también se hacen referencias ocasionales al magisterio reciente. Un primer intento es presentar la misa como un acontecimiento cristológico y trinitario, como “la celebración de la comunión de vida con Jesucristo”. “Hay que determinar de forma absolutamente cristológica la categoría de sacrificio e interpretarla en el marco de la distinción y de la unidad de Cristo como cabeza y cuerpo. (...) El sacrificio de la Iglesia no es otra cosa que el ejercicio del sacrificio común de los fieles, en cuanto correnzan la autodenominación eucarística de Cristo al Padre, y, de esta forma, se hacen "uno" con Cristo (Gal 3,28), es decir, "una persona en la unidad y cuerpo: un Cristo" (Ian Agustin) (pp. 213-214). Del mismo modo se recuerda la celebración eucarística como anamnesis del Padre, comunitaria con Cristo y episódica del Espíritu (cf. p. 213).

También recuerda su vinculación con la Iglesia. "La eucaristía es la más vieja y sublime autodenominación de la Iglesia, que ha sido establecida de una vez para siempre por la actuación salvifica de Cristo en la historia y por la efusión del Espíritu Santo. En la eucaristía, Cristo edifica siempre de nuevo la Iglesia establecida de una vez para siempre, proporcionándole toda la fuerza viva y el vigor que necesita para crecer (pp. 34-35). La eucaristía hace la Iglesia. Pero Müller recuerda de igual modo aspectos centrados del dogma eucarístico como la presencia real de Cristo o su dimensión sacrificial y de donación. "El marco de comprensión para el sacrificio de la eucaristía viene dado por las palabras del Cristo júdico en la última cena: "Si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies... os he dado ejemplo, para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros" (Jn 13,14). Esta es la mejor interpretación del acontecimiento cultual-litúrgico o simbólico-real de la proclamación de la muerte del Señor y de la entrega de su vida por nosotros hasta su regreso (1 Cor 11,29-30) (p. 198). La eucaristía supone la autorredención continua de Dios y de su promesa de salvación.

El libro se estructura sin embargo siguiendo las partes de la misa. Así, el rito de entrada será el encuentro con el Dios encarnado; la liturgia de la palabra, la actualización del mensaje de Jesús sobre el reino de Dios (la lectura del Antiguo Testamento, el Cristo predicado; el Evangelio, el Jesús que predicaba; y la homilía, el enunciado con el polémica de Cristo (en nuestro presente)). A su vez, la liturgia eucarística supondrá la misma "comunicación con Cristo cristificado y resucitado, en la que la plegaria eucarística construye la "síplica a Dios Padre por el Hijo en el Espíritu Santo", seguida por la "comunicación con Cristo resucitado y concluida con el rito de despedida que invita a "caminar con Cristo en el mundo". Sobre la relación entre eucaristía y mundo, escribe Müller: "En la eucaristía celebramos el sacramento del amor eterno de Dios que ha entregado su vida por nosotros en su Hijo encarnado y se ha revelado como amor (1 Jn 4,10) y que ha derramado el Espíritu del amor divino en nuestros corazones (1 Jn 4,13; Rom 5,5). En la eucaristía, el creyente experimenta siempre de nuevo la verdad sobre sí mismo, se abra para el